

El justo valor de una “mirada educada”

Bernardo García

Friedrich Ratzel, *Desde México: apuntes de viaje de los años 1874-1875* [1878], México, Herder, 2009.

Al empezar a leer este libro, disponible por primera vez en español, nos topamos con una buena traducción, clara y agradable de leer, basada en una edición alemana de 1969. Se trata asimismo de una edición pulcra. Dicho esto, encontramos que participa del gran vicio que aqueja a la industria editorial de lengua española: mayor atención a la forma que al contenido y desconexión casi total entre autores, correctores y editores. Si las referencias de unas páginas a otras están invariablemente mal es porque cada quien atendió sólo su parcela del trabajo editorial y se desentendió de las demás. Y si no hay índice es porque se pensó más en el libro para verlo que para estudiarlo, y menos para viajar con éste, que es la prueba a que lo pondré. Después de todo, si un autor ofrece *Reiseskizzen*, el lector tiene derecho a ser bien conducido por los terrenos que ese autor explora.

La breve introducción de Guillermo Zermeño ofrece sólo unos datos básicos sobre Friedrich Rat-

zel (1844-1904), supuesto padre de la geografía humana y acuñador del concepto de *Lebensraum* o espacio vital, aunque no responsable de la interpretación que le dieron los nazis. De seguro, y con razón, Zermeño no consideró necesario abundar sobre una figura tan conocida. En cambio, presenta a Ratzel como naturalista notable y observador que se dejó guiar “por el rigor de una mirada educada” y estructurada alrededor de la noción de civilización. Comenta las opiniones despectivas de Ratzel respecto de México como reflejo del pensamiento alemán de su época y las pone en contexto, pero no las critica, y en ningún momento deja de comprender y respetar al naturalista y geógrafo, cuya capacidad intelectual no pone en duda. Una segunda introducción, por el ya finado Franz Termer (traducida de la edición alemana), sólo añade otros datos y una buena dosis de comentarios entusiastamente apologéticos. Dígase lo que se diga, sin embargo, al leer los *Apuntes...* dejaré de lado esas opiniones y me atenderé a la imagen que Ratzel deje de sí mismo. Invito al lector a hacer lo mismo.

En las primeras páginas de sus *Apuntes de viaje...* Ratzel sorpren-

de gratamente por lo atinado de sus descripciones. Me parecieron brillantes algunas relativas a la topografía, supuesto que se refieren a rasgos del medio físico que he visto personalmente pero no he acertado a describir y tampoco he encontrado tan magistralmente resumidos en otros autores. Por ejemplo, una observación en su marcha de la costa al altiplano es tan acertada como sencilla: “de las tierras bajas uno asciende a través de angostos y escarpados valles (barrancas), cuyas formaciones planas habitualmente se repiten en múltiples terrazas de limitada extensión”. Más adelante observa que, “[...] hay abruptos precipicios y elevadas cúspides que, en ocasiones, terminan como puntas de pirámide y, en otras, se agrietan y parten como ruinas; torreones de piedras constituyen la espina dorsal de cumbres completas y, como costillares, las rocas bajan por las pendientes hasta que se pierden en un mar de piedras y escombros [...] Debo decir que nunca había visto en montañas tan bajas formas tan audaces de alta montaña”. Y yo debo decir que pocas veces me he topado con descripciones en apariencia tan líricas y que, sin embargo, resumen

perfectamente el resultado de una observación inteligente.

Me dio buena impresión que entendiera y explicara la lógica de los caminos serranos, que no siguen los valles, “porque sus arroyos y ríos llevan un volumen de agua muy variable, son interrumpidos por caídas rápidas y [...] se ven estrechados por escarpadas paredes de roca”. Así pues, los *Apuntes de viaje...* empiezan siendo tan impecables como útiles para que el viajero descubra cosas de las que tal vez no se hubiera dado cuenta.

Luego Ratzel nos refiere algo más de su marcha hacia el altiplano: “Hacia la derecha [...] el extremo sur de esta cadena secundaria de montañas se eleva en una audaz conjunción de cinco angostas formaciones de roca, unas de figura cónica y otras piramidal, que como el cabo de una isla rocosa incursionan desde las montañas más altas y lejanas en el ondulado mar de las colinas y la aplanada forma del suelo del altiplano”. Es una buena descripción de los Picos de Cucha vistos desde el poniente, o eso entiendo, porque no los identifica, y aquí Ratzel empieza a decepcionar, pues se aleja de la riqueza de información que se espera de él. Más decepcionante es que la edición nos deje en tinieblas sobre el asunto. Realmente es reprochable que se publique un libro como éste sin notas. Yo conozco los Picos de Cucha (desafío para los escaladores de roca) y hasta he ascendido uno de ellos, pero supongo que la mayoría de los lectores no tiene idea.

Después me di cuenta de que los *Apuntes de viaje...* de Ratzel son muy desiguales en cuanto a sus

percepciones del medio físico, pues lo mismo nos ofrecen imágenes muy atinadas y evocadoras como pasan de largo por regiones enteras sin decir una palabra de ellas, defecto que es más frecuente mientras más páginas se recorren. Y es que como viajero, o al menos como relator de viajes, parece que Ratzel se cansó pronto. Lo que podremos viajar en su compañía de aquí en adelante no será tanto como esperábamos.

Es una pena, porque a pesar del rápido ocaso de su brillante inicio la lectura nos sigue proveyendo de algunas observaciones notables para evaluar el estado de la cubierta vegetal o la vida silvestre en los años en que Ratzel viajó (1874-1875). Unas de ellas motivan a cuestionar algunas de las explicaciones prevalecientes del deterioro ambiental. “Estos bosques tienen la apariencia de parques o jardines, porque los árboles sólo tienen una altura media y crecen con distancias entre sí como los que tienen en un huerto los árboles frutales. ¡Hay que imaginarse toda una montaña arbolada así!”. “Es mucho si digo que, durante todo el viaje de doce días desde la costa hasta Morelia, vi una media docena de ardillas grises y un par de conejos”. “Uno puede cabalgar durante días a través de una espesa selva sin escuchar ningún otro ruido significativo más que, digamos, el graznido de algunas titilacas que se pelean por la comida”. ¿Son correctas sus anotaciones y, contrariamente a lo que se supone, tan menoscabada estaba la fauna desde entonces, o el genial observador de la topografía era más ciego para estos otros aspectos del medio natural? Dado que Ratzel tenía, supuestamente, una

formación de naturalista, cabría pensar que poseía las herramientas necesarias para una buena observación. Y sí, resultaba atinado cuando con buen sentido para apreciar los ecotonos, nos refería que, en Acapulco, “con verdadero deleite me fui a ver primero las orillas de los caminos y los linderos de los bosques, antes que los palmares”. En otra parte tiene comentarios muy atinados sobre el maltrato a los animales. Sin embargo, aquí también, como al hablar del medio físico, sus observaciones son esporádicas y desiguales. Ya no será un compañero de viaje ideal.

Es poco lo que dice Ratzel en sus primeras páginas respecto de cuestiones sociales o culturales. En este sentido sus *Apuntes de viaje...* son bastante fríos. Llegado a la ciudad de México se hace más expresivo y halla ocasión de acomodar observaciones que denotan perspicacia. Uno se siente llevado a los salones del palacio, y a la época, cuando nos dice que “la gran sala de recepciones se ve como cualquiera de los salones de los viejos castillos principescos, que nunca más han vuelto a ser habitados pero que tampoco son abandonados del todo a la ruina”. Es muy gráfico lo que dice de los templos de la ciudad, “cuyos frentes están cubiertos por una masa de ornamentos que los hacen ver como pieza de un maestro carpintero o joyero, pero no como obras de arquitectura”. Y su reflexión sobre las imágenes vestidas de cristos o santos dice tanto como muchas imágenes: “estos desvaríos se deben sobre todo a las mujeres, que, con predilección, transfieren los juegos de muñecas de su niñez a los objetos sagrados”.

Aquí empezamos a ver los prejuicios de Ratzel, que por alguna razón se hacen más acusados conforme avanza en sus *Apuntes...* No sé si el barroco alemán también le daba motivo a pensar en desvaríos semejantes. Esto, sin embargo, no debe caernos como sorpresa. De hecho, conociendo el perfil del personaje, me sorprendió que los prejuicios no aparecieran desde antes. ¿Será que su experiencia mexicana le estaba haciendo aflorar sentimientos que en un principio tenía enterrados o no se atrevía a expresar?

Los prejuicios artísticos, como el desprecio hacia el barroco, son fáciles de comprender. “Un efecto desagradable me produjeron las múltiples figuras de tamaño humano de personajes de la historia sagrada”. Mitla, en cambio, con su alarde de geometría, le gusta y no le causa “la impresión totalmente antiestética, casi repulsiva, de las construcciones yucatecas o inclusive de las de la India”. Pero el prejuicio artístico de Ratzel manifiesta contradicciones. La ciudad de México le deja una “impresión general de estrechez que producen las calles angostas y las construcciones bajas y de gruesos muros [...], [el] exterior prosaico, pobre y a medio caer de la gran mayoría de las casas habitación [...], [el] aire de descuido y primitiva uniformidad que en general flota sobre la impresión externa que da la ciudad”. Resulta, pues, que la regularidad geométrica de la traza urbana, su uniformidad, eso que en Mitla es admirable, aquí no es un mérito. Luego entonces lo que para Ratzel está mal debe ser otra cosa.

Conforme avanzamos en las páginas de sus *Apuntes...*, Ratzel se

nos manifiesta como un viajero que se siente cada vez más incómodo. En sus primeros días estaba contento, y el tugurio acapulqueño “de gruesos muros, lleno de polvo y telarañas” en que pasó su primera noche en México le pareció hasta divertido. “Nada de esto me alteró; al fin y al cabo sólo tenía que salir a la puerta para poder ver las copas de los cocoteros que destacaban sobre algunos techos, las extrañas formas de gigantescas columnas de cacto en las pendientes de las montañas y una multitud de árboles y arbustos de apariencia rara”. Poco a poco, sin embargo, le gana un sentimiento de rechazo. En un principio la causa parecería ser que Ratzel no acababa de digerir la extrañeza del mundo en que se veía inmerso. Pero en la siguiente etapa de su viaje, enfrentado a las selvas de Coatzacoalcos, su desesperación es manifiesta: “Cuando la mirada finalmente penetra en sus profundidades y quiere abarcar su ser, no percibe nada de esa tranquilidad reconfortante que, en nuestros bosques, vierte en el corazón una dulce confianza en la naturaleza, una tranquilizante y liberadora confianza en el mundo. Aquí sólo se conforta con una desbordante lucha en la que miles de formas diferentes pugnan por emerger a la luz y cada una de ellas busca sentar pie y ganar espacio siempre a costa de la otra. [...] Lo que aquí se ve revela [es] un combate mucho más brutal que la más ensordecedora de las batallas humanas”. Y al final vemos que lo que aqueja a Ratzel no es la extrañeza ante un mundo diferente. Es la inconformidad ante un mundo que no es como debiera ser. Lo deja dicho

en pocas palabras al dar su opinión sobre los espléndidos órganos de las zonas áridas de la sierra de Nexapa: “En cuanto la forma de la cactácea se sale de la estricta regularidad de una columna sencilla, pierde la disposición a ser bella y, entonces, ya sólo llama la atención en el punto opuesto, en el que cae en lo caprichoso, en lo que aparentemente no tiene reglas”.

Es evidente que el prejuicio de Ratzel ya no cae sólo sobre lo cultural o lo humano, sino sobre todo lo vivo. Inevitable que el lector lo equipare con esos fanáticos del siglo XVIII como Cornelius de Paw, salvo que éstos escribieron sin haber tenido la experiencia directa de aquello de lo que se ocupaban. Pero Ratzel, con su “mirada educada”, escribe de lo que ve. En los bosques de tierra templada, nos dice, “pese a toda su riqueza y diversidad, se generan muchas imperfecciones que no confieren la quietud y la certeza que dan inclusive a nuestros bosques más descuidados un carácter tan definido y unitario”. Todo “le confiere a un bosque de esta naturaleza algo en gran medida improvisado”. De la selva, ni se diga. Vemos ahí un Ratzel asustado. Le resulta desesperante el “[...] aturdimiento que [...] provoca este desordenado e inútil entreverarse y encimarse de las plantas. [...] una rica energía vital que se pudre en un amasijo de hierbas y, con ello, se pierde en la insignificancia”. Curiosamente, la abigarrada conformación de las montañas —no siendo seres vivos—, no le causó ninguna emoción negativa. Qué mejor hubiera sido para él, pienso yo, que México fuera un plano de relaciones espaciales perfectas como en

los modelos de su paisano geógrafo Walter Christaller.

Pero has de saber, pobre Friedrich Ratzel, que el mundo no es como debiera ser o como hubieras querido que fuera. Cuando el autor de unos *Apuntes de viaje...* nos transmite una sensación como la referida, es poco lo que nos puede acompañar en un viaje, casi es nada lo que nos puede exponer sobre un país salvo por datos concretos, allí donde son comprobables, y en cambio es mucho lo que nos dice de su forma de ser y de pensar así como de su desempeño y del medio cultural en que se formó y se desarrollará. Hizo bien en suspender abruptamente su relato tras pasar por Oaxaca y dedicar el resto de sus *Apuntes...* a disquisiciones (razonablemente decentes, pero con notables inexactitudes) sobre historia, educación y otros temas. Él mismo se ha de haber dado cuenta de que, con todo y sus brillantes pinceladas, no estaba llamado a figurar entre los grandes escritores de viaje del siglo XIX.

Así que olvidémonos de los *Apuntes...* como compañeros de viaje y mejor divirtámonos examinando los prejuicios del desequilibrado personaje que los escribió. El racismo es la manifestación más cruda de su pensamiento, y también la más fácil de explicar habida cuenta del clima intelectual del mundo europeo de su época. Está presente con mayor o menor fuerza, junto con el orgullo de ser europeo, en los relatos de casi todos los viajeros de la época. No ha de sorprendernos, pues, que los mulatos y mestizos causen pésima impresión en Ratzel: “tienen mucha similitud con los indios semicivilizados. [...] Les hace falta

ese saludable sentimiento de inferioridad que convierte al negro y al indio promedio en seres provechosos y disfrutables. Rara vez tiene las dotes del blanco, pero casi siempre, en cambio, el orgullo de raza de éste en un grado más elevado, y el deseo de imitarlo”. Los indios, sin embargo, no resultan ni tan provechosos ni tan disfrutables cuando habla de los rasgos de carácter que le repugnan en ellos, especialmente (y con justicia) el de tratar mal a los animales. Por eso puede excluir, “casi sin lamentarlo, cualquier emoción filantrópica en las reflexiones sobre su presente y su futuro”.

Lo que sí nos sorprende es que el racismo de Ratzel se salga del cauce pretendidamente racionalista que le daban los científicos de la época para dejarse llevar por emociones para las que es difícil encontrar un adjetivo adecuado, más frecuentes hacia el final de sus *Apuntes...*, tales como las que expresa a propósito de los varones de labios gruesos. “¿No encontramos —hace la pregunta retórica con una seriedad que nos resulta comicidad malograda— entre italianos, españoles, rumanos, judíos y similares, con mucha más frecuencia, jóvenes delicados con rasgos suaves, ojos dulcemente ardientes, labios llenos, frente baja, en síntesis, con un tipo femenino, que también parece repetirse en la estructura del cuerpo con piernas cortas, caderas anchas y tronco largo? Y por el contrario, ¿entre esos mismos pueblos las mujeres barbudas y de voz profunda no son particularmente frecuentes?” Y todavía insiste más en el tema de los labios: “En todas partes, las mujeres tienen menos marcados

los rasgos étnicos, e inclusive raciales, que los hombres. Particularmente en las razas inferiores, como negros e indios, es aplicable este principio de que la estructura más delicada de la mujer y su organización más nerviosa atenúan el rasgo animal que la preponderancia de la tosca masa corporal imprime a la fisonomía. [A pesar de] los labios gruesos y las narices chatas, con frecuencia se alcanza un grado de belleza que no resulta desagradable inclusive a ojos europeos y que es adecuado para encubrir hasta cierto grado el tipo racial”. No necesitamos un retrato de Ratzel para enterarnos de que sus labios eran delgados, poseedores incluso de una frigididad muy apropiada.

Frígido o no, algo debió haber ocurrido para que a Ratzel le hirviera la sangre en sus últimas páginas, donde refiere su encuentro con un paisano alemán cerca de Mitla. Este buen hombre disfrutaba del mundo llevando una vida sencilla y dando clases. Pero a Ratzel lo sacó de quicio. “Si alguien es suficientemente inteligente como para reconocer las ventajas que ofrece esta vida paradisíaca, y suficientemente perezoso a nivel intelectual como para poder desprenderse de la cultura, entonces está preparado para ser mexicano”.

Es probable que la profunda insatisfacción de Ratzel haya producido una reacción negativa entre quienes lo trataron, pues más adelante habla del supuesto odio de los mexicanos hacia los extranjeros, que atribuye a una mezcla de envidia, sentimiento de inferioridad, y extendida vanidad. “Quizá sólo un extranjero que se deje caer hasta el

último escalón de la vida mexicana se vería protegido de este odio; pero esto en realidad sólo podría ocurrirle a un tipo que no tenga absolutamente ningún carácter”. Léase “no dejarán de odiarme a mí, puesto que yo sí tengo carácter”. Sus rabietas han de haber sido cosa de verse.

En su camino de Tehuantepec a Oaxaca, Ratzel cayó en el pueblo de San Bartolo en un día de fiesta. “Numerosas muchachas llevaban flores y los muchachos llegaban con ramas verdes que plantaban alrededor del atrio bardado de la iglesia. Sobre la escalera de ésta, una construcción insignificante con dos pequeñas cúpulas, estaba asentado un conjunto de música de viento integrado por cinco hombres y afinaba los relucientes trombones. En el muro, sobre ellos, el muchacho de la flauta tocaba un aire de danza, acompañado por un espantoso guitarrista picado de viruela que se acercó rasgando las cuerdas en cuanto nos vio sentados sobre la escalera de la tienda. Ofreció tocar seis canciones por dos tlacones... pero como nosotros no quisimos escucharlo él se fue de buen humor y tocando hasta la siguiente casa”. A la salida del pueblo Ratzel topó con una caravana de dieciocho asnos y algunos peones, “todos muy cargados de bacalao, la provisión para la cuaresma. Uno de los arrieros llevaba consigo a su hijo y a su hijita, que iban sobre un burro detrás, él con una guitarra envuelta en varios trapos, colgada a la espalda, y ella con un pequeño papagayo [...]”

Qué pena que el malhumorado Ratzel no apreciara el momento y pasara casi de largo. Él se lo perdió. Si hubiera sido el hombre culto que sus apologistas retratan se

habría al menos preguntado por la razón del espectáculo o no hubiera hecho comentarios tan pedestres. Pero el dato nos sirve a nosotros para documentar algo que sí apreciamos. El citado San Bartolo es San Bartolo Yautepec, donde al menos desde el siglo XVIII se cultivaba una tradición musical que se había expresado, entre otras cosas, en el espléndido órgano de su nada insignificante iglesia y en la elaboración de partituras de música culta por el maestro de capilla Domingo Flores, nativo de ese pueblo. Junto al órgano, que está siendo restaurado y tal vez vuelva a funcionar en un par de años, se conserva una colección de instrumentos de viento entre los que acaso está alguno de los que sonaron durante aquella fiesta. Las partituras de ese remoto pueblo, que incluyen polifonías en zapoteco, son un tesoro para la reconstrucción del ambiente musical novohispano. El conjunto de vientos de San Bartolo podría o no haber estado ligado a esa tradición musical, pero no podemos dejar de anotar que ese pueblo tenía una herencia cultural que debió de haber dejado alguna huella.

Pero aquí hay que señalar y resaltar y repetir que no es menor pena que esta edición de los *Apuntes de viaje...* carezca de notas. Eso la vuelve intrascendente. Condena a muchos lectores a pasar de largo escenarios naturales tan bien dibujados por la pluma de Ratzel ahí donde es magistral pero descuidada como ante a los Picos de Cucha, y no les da pie para analizar o disfrutar ni las noticias más jugosas ni los pasajes más idiotas (pero elocuentes) que nos proporciona el libro.

Quienes se dan a la tarea de reeditar (con o sin notas) textos de viejos autores tienen tendencia a acompañarlos de biografías apoloéticas y a tratar de comprender sus puntos de vista, aun los más cuestionables, como expresiones del pensamiento de una época. Caben dos explicaciones: o realmente admiran a los autores en cuestión, o quieren presentar una justificación para volver a sacar a la luz sus textos, que invariablemente han de representar una “mirada educada” y han de decir mucho sobre algún país exótico. Pero la realidad es que no tiene nada de malo reeditar un libro malo haciendo notar expresamente lo malo que es, o lo parvo e irrisorio que es el pensamiento de su autor, pues el que sabe leer de todos modos sacará una enseñanza de su lectura. Tampoco hay razón para esa deferencia tan formalista ante personajes tan desequilibrados, por mucho que hayan sido encumbrados por universidades vetustas (Leipzig en este caso), ni para sobrevaluar el medio intelectual que los creó.

Propongo que no seamos tan desdeñosos como este poseedor de la verdad que fue Ratzel. Él ni pudo ni supo participar de nuestra cultura pero nosotros sí podemos y sabemos participar de la suya y de su exotismo. Leeremos y estudiaremos sus *Apuntes de viaje...* con sumo placer, no tanto por lo que digan de México sino por lo que nos enseñan de los entretelones y las paradojas de una mentalidad supuestamente racional, aplaudida por la comunidad científica y, al mismo tiempo —y esto es lo más intrigante y actual— tan impregnada de fundamentalismo.